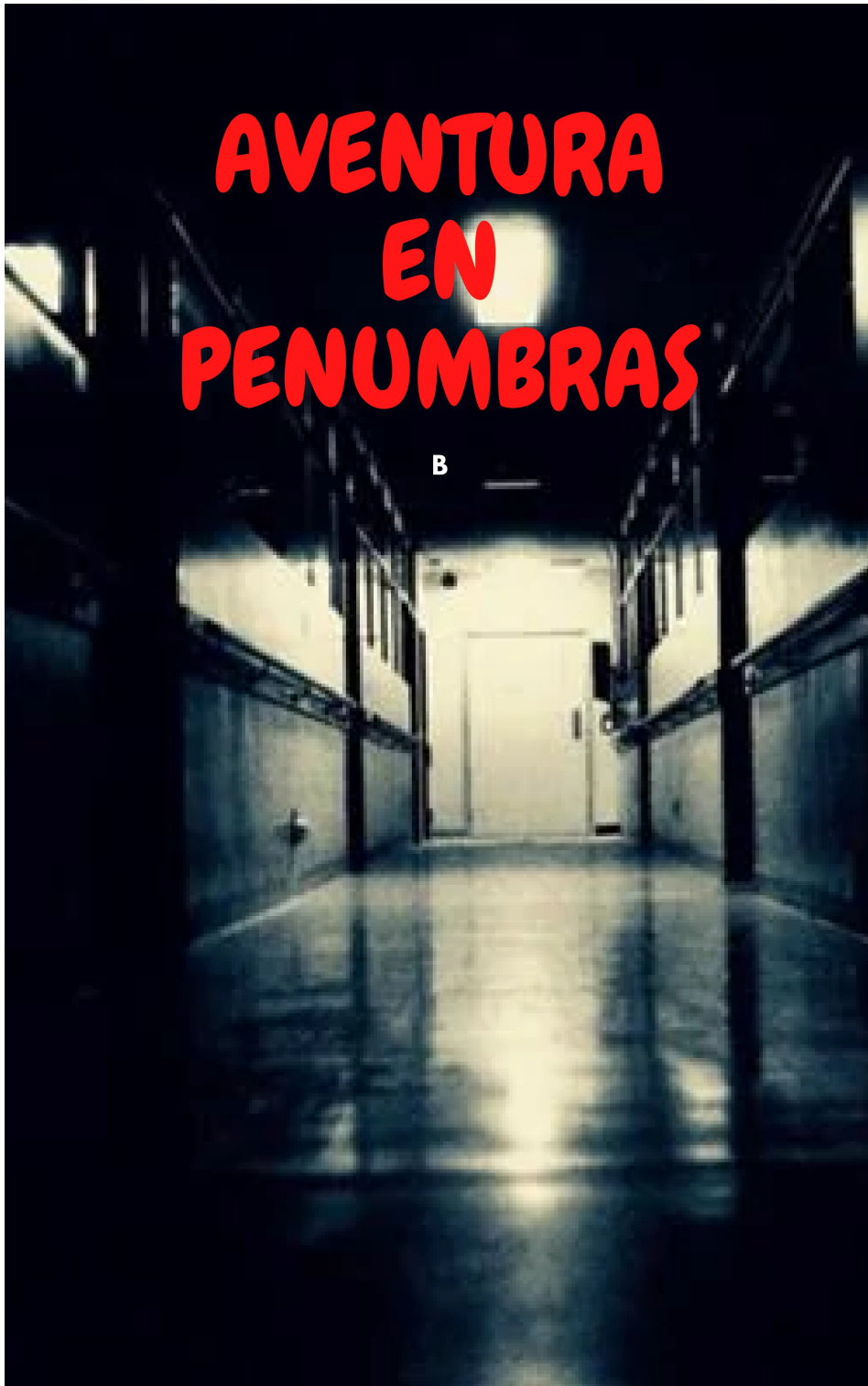


# Aventura en penumbras

Marlowe



## Capítulo 1

Era ya hora de partir; había sonado la campana y el profesor había dejado de escribir en la pizarra. Se volvió con ligereza hacia nosotros -a pesar de su voluminosa barriga- y nos miró en silencio, sin ningún gesto, a cada uno de nosotros. Parecía buscar entre la cantidad de caras uno en específico. Buscaba, y eso todos lo sabíamos, a alguien que lo ayudara a desenredar unos cables en el piso de arriba donde estaba el taller, debido a que algunos alumnos habían ejecutado mal su tarea, y por eso mismo nadie se atrevía a mirarlo a los ojos porque hacerlo era caer en su trampa y eso significaba quedarse unos minutos más en el instituto. Los demás empezaron a guardar sus cosas, conscientes de que apresurarse y permanecer silenciosos era la mejor opción para salir airoso del aprieto, así que yo, ni tonto ni perezoso, los emulé.

Pero sentí curiosidad de pronto. Quería saber por capricho qué cara tendría el profesor al no encontrar a un ayudante y grande fue mi sorpresa cuando, al alzar la mirada, encontré la suya fijada en mí. No tuvo que decirme nada, yo ya lo entendí con su mirada y su sonrisa piadosa. Asentí, pues, con la cabeza y dejé de guardar mis cosas. Los demás se marcharon con rapidez y desde la puerta se volvían para mirarme una última vez con regocijo y crueldad.

Cuando ya quedamos el profesor y yo solos, me dijo:

-Ven, Arnold. Te necesito arriba.

Mientras caminaba al lado del profesor por el pasadizo encontrábamos exiguas cantidades de estudiantes rezagados que iban en dirección contraria a la nuestra, hablando y riendo. Yo los miraba y no podía evitar sentir envidia de su libertad. Eran como presos que habían cumplido su pena y se les otorgaba su merecida libertad, aunque fuera por corto tiempo, para hacer lo que más les plazca. Llegamos a las escaleras. Atrás quedó el ruido de conversaciones y pisadas. El profesor me preguntó si tenía linterna.

-¿Por qué? ¿Acaso no hay luz?-quise saber.

-Así es; solo el piso de arriba. Se fue después de lo del taller, para variar.

-Tengo mi celular-dije.

El piso de arriba estaba en tinieblas. Apenas se distinguía los salones y talleres de laboratorio gracias a la luz de la luna que se filtraba por las claraboyas en ambos lados del pasadizo. Caminé con cierto temor y prudencia pero el profesor parecía muy fatigado y me apresuraba en cada momento. Estaba tan oscuro que la luz de mi celular apenas si servía para

algo. Nos tomó algunos minutos hallar el susodicho taller. Entramos, luego de que el profesor rebuscara las llaves en el bolsillo de su pantalón, la metiera en la cerradura y girara para finalmente empujar la puerta. Choqué con algunos objetos invisibles en mi paso pero no se oyó que nada se rompiera, así que me mantuve tranquilo. Distinguí la mesa principal, y los equipos electrónicos que estaban encima. Había muchos cables enrevesados conectados a estos y que se perdían hacia el piso. Con pavor, le dije al profesor que esto me llevaría años, pero él con su inquebrantable ecuanimidad me calmó diciendo que confiaba en mí. Después se marchó, advirtiéndome antes que mantendría la puerta cerrada pero sin llave para evitar malos entendidos con la Directora, ya que estaba prohibido que los estudiantes permanecieran en el instituto luego de finalizar las clases, y añadió estar seguro de que no iba a huir y que volvería en una hora para verificar el estado de las cosas y recompensarme por mis arduos trabajos. Así dijo y cerró la puerta, dejándome en la más profunda oscuridad.

Fue una difícil y extenuante tarea, acrecentada por la falta de luz que emprendí durante 1 larga hora. Hice las conexiones correspondientes, desenredando cables y alisándolos hasta que se acabó la batería de mi celular, pero ya todo estaba listo. Solo esperaba el retorno del profesor, y sin embargo sentí el terrible desasosiego de que no cumpliría su palabra. Me harté de esperar y caminé hacia la puerta -esta vez con mayor rapidez porque me había acostumbrado a la oscuridad del recinto- y la empujé para salir. Pero temblé de pies a cabeza cuando advertí que la puerta se mantenía sólida en su sitio. Los primeros segundos fueron de terror, los siguientes de incredulidad. Así que intenté abrir la puerta por segunda vez. Nada; el mismo resultado. Esta vez me llené de desesperación. Empecé a golpear la puerta y a gritar como un insensato y percibí claramente como mi voz se repetía al fondo del pasadizo sin llegar a ningún oído humano. No podía creerlo, y sin embargo el profesor había mentido y dejado la puerta con llave. ¿Tan grande y enemiga era su desconfianza hacia mí? Pero lo terrible es que además de eso, no volvía hasta ahora. ¿Acaso se había olvidado de que había dejado a un estudiante encerrado en un taller en penumbras? Y para variar mi celular estaba apagado por haber gastado su energía proporcionándome luz mientras arreglaba las marañas de cables que había sobre la mesa. No podía llamar a nadie. Calculé la hora. Las clases terminaban a las ocho de la noche. Ahora sería las nueve y no sé cuántos minutos. Era imposible que todo el personal se haya ido pero también es posible que nunca se detuvieran a este piso porque sabían que no había luz. Mis posibilidades iban agotándose con el paso de los segundos y se hacía cada vez más evidente la terrorífica idea de que me tocaría dormir en un lugar desconocido que ni cama proporcionaba.

Luego de varios minutos -aunque la verdad podrían ser horas- oí un ruido en las escaleras. De pronto se escucharon ligeros pasos por el corredor. Me asomé a la ventana de la puerta pero no vi la figura del profesor. Era

más bien la de una fémina. Temí que fuera la Directora y me quedé callado, aunque por dentro tenía inmensos deseos de pedir socorro. No quería que me descubriera y me incordiará con preguntas, y no quería sobre todo la expulsión. Sin embargo pronto me di cuenta que la figura no era de una mujer madura de unos cuarenta años, sino de una joven de mi edad. Al pasar frente a mí susurré ayuda para no asustarla. La joven se estremeció al principio, luego miró hacia todas partes hasta que me descubrió en la oscuridad.

-¿Qué haces allí?-preguntó.

-No me lo vas a creer, pero me encerró mi profesor de Circuitos Eléctricos.

Vaciló un segundo.

-No pareces un ladrón-dijo-. Bueno, voy a buscar a alguien que abra esa puerta.

-Hazlo con discreción, por favor. Si la Directora lo descubre estoy frito.

-Bueno, está bien. Volveré yo sola con la llave.

-Gracias...

Se fue muy rápido al piso de abajo.

Mientras tanto yo me encontré más calmado y optimista con mi situación. Pasaron diez minutos antes de volverla a ver. Para mi alegría brilló en su mano un manojito de llaves.

-El de limpieza me dijo que es uno de estos-explicó.

-Gracias a Dios por encontrarte.

-Agradécemelo explicándome cómo fue la cosa.

-Claro, por supuesto.

Intentó con cada llave, hasta que al fin cedió una.

-Listo, puedes salir.

Salí con rapidez y junté la puerta. Caminamos hacia la escalera mientras le explicaba cómo había sucedido las cosas. Al final ella no pudo contenerse y rio.

-A ese profesor, cuando lo veas mañana, debes extorsionarlo. Pide y cederá. No tiene otra salida.

-¿Y tú?-pregunté- ¿Qué hacías caminando en la oscuridad y a estas horas?

Ella se encogió de hombros. Habíamos llegado al piso de abajo. La luz que arrojaban los focos del techo aliviaron mis temores hacia la oscuridad anterior.

-Me quedé dormida-dijo- y nadie se había atrevido a despertarme, cosa que cuando desperté me encontraba sola. Hasta ahora no lo puedo creer. Creo que me han jugado una broma. Y bueno, cuando llegué al piso donde no había luz se me antojó cruzarlo. Me gusta la oscuridad.

-Fue suerte. Qué digo. El destino.

-¡El destino!-rio-. Bueno, cuando un conjunto de elementos coincide para que dos personas se conozcan podemos llamarlo destino. El destino me hizo conocerte, ¿no?. ¿Cómo te llamas?

-Arnold.

-Yo, Ximena.

Salimos del instituto sin mayor escándalo. El ruido infernal del tráfico impidió que siguiéramos conversando y ambos nos separamos pero juramos que mañana a la hora del receso nos volveríamos a encontrar en el comedor. Sonriendo, afirmó que mañana también el destino existiría. Cuando me volví para mirarla una última vez antes de que la multitud de peatones la tragara, ya no estaba. En cambio, vi una figurita regordeta ingresar al edificio con prisa. Era el profesor.